

cia objeciones, la oposición cesó. Muy contrariada la Baronesa porque había hecho traer de París un magnífico traje para la ceremonia, dijo riendo que aquel matrimonio iba á ser como los que se celebran en los dramas patibularios de la Puerta de San Martín, cuando el condenado á muerte es autorizado por real gracia para casarse en el calabozo con la que ama, momentos antes de subir al cadalso.

El día antes de la boda verificóse la firma del contrato matrimonial. Obligado Bachelin á escoger entre sus dos clientes, puesto que era á la vez notario del señor Derblay y de la señorita de Beaulieu, tomó por adjunto á uno de sus colegas de Besancon, y él representó á la noble familia de la que habían sido notarios sus antepasados durante siglos. El viejo practicón escamoteó la lectura del contrato con extraordinaria habilidad, y aun escuchando Clara atentamente aquel laberinto de cláusulas leídas con rapidez y entre dientes, no hubiera podido enterarse de su verdadera situación. Continuó, pues, la joven ignorando su ruina, y al ofrecerle Bachelin la pluma, más trémulo y conmovido que ella, firmó el acta por la cual adquiría, sin saberlo, la mitad de la fortuna del señor Derblay.

Firmado el contrato, sintió Felipe que se le quitaba un peso de encima; pero después confesó que no había llegado á estar com-

pletamente tranquilo sino cuando preguntando el alcalde á la señorita de Beaulieu: «¿Consiente V. tomar por marido al Sr. Felipe Derblay?» oyó á Clara responder con firme acento: «Sí.»

X.

Iba á dar la una de la mañana cuando abandonó Susana, completamente vestida de blanco, la sacristía, antes de terminar la ceremonia, y llegó como torbellino á la morada de los recién casados. Junto á la chimenea del salón pequeño, estaba Brígida, de rodillas, moviendo con vigorosas manos un fuelle para activar el fuego, cuyos resplandores iluminaban la plancha de hierro flor-delisada del hogar. Al oír la puerta, volvió la cabeza la excelente muchacha, y sin levantarse, con el fuelle en la mano, miró con prolongada sonrisa á la señorita Derblay.

—¡Hola, señorita Susana! ¿Vuelve V. ya de la iglesia?—dijo.—¿Ha terminado el casamiento?

—Sí, ha terminado completamente, querida, y acabo de dejar á todo el mundo con nuestro buen cura, por venir á echar por aquí la última ojeada. Ya tenemos nueva

señora en la casa, y es preciso que esté satisfecha en ella.

—¿Cómo no ha de estarlo,—exclamó Brígida,—viviendo con nuestro Felipe? Además, si el pájaro es lindo, la jaula también es bella.

Y al decir esto, miraba la criada con admiración el magnífico y severo mueblaje de la época de Enrique III que adornaba la estancia, acariciando con la vista los grandes sillones de respaldos tallados, las mesas de torneados pies, y las paredes cubiertas con viejo cuero de Córdoba, cuyo oro oscurecido por el tiempo brillaba discretamente en la sombra. Por una puerta entreabierta se veía el dormitorio, apenas alumbrado por un quinqué, cuya luz reflejaba en las tres lunas de un magnífico armario de espejo de estilo Luis XVI.

—¿Y por aquí, está todo arreglado?—preguntó Susana indicando el dormitorio.

—Todo, puedo asegurarlo porque yo misma he cuidado de ello. La boda vuelve locos á nuestros criados, y no se puede con esos holgazanes.

Acercándose después á la joven con maliciosos ojos, añadió:

—¡Cuando se piensa, señorita, que dentro de uno ó dos años tocará á V. revolver la casa!

Susana se sonrojó y volvió la cabeza algo turbada.

—No se trata de mí afortunadamente, Brígida.

—¿Afortunadamente?—repitió la criada.—¡Ah! ¡Tanto mejor! Pero ¿quién es ese gentil caballero que la llevaba del brazo al partir y que parecía tan atento con usted?

—El Sr. Octavio de Beaulieu,—contestó la joven dando, por disimulo, una vuelta alrededor del salón como si pasase la última revista;—el hermano de la señorita Clara.

—Sí, ¿eh?—dijo riendo Brígida;—pues me parece muy aficionado á oler nuestras flores de azahar.

—¡Vaya, vaya! No sabes lo que dices,—replicó Susana, roja hasta la raíz de los cabellos.

El ruido de varios carruajes rodando por la arena del patio interrumpió oportunamente la charla de Brígida. Asomóse Susana precipitadamente al balcón. Las luces de los coches iluminaban el verde sombrío de los árboles.

—Aquí están todos,—exclamó la joven.

Y abriendo la puerta, pasó al gran salón en el momento en que la Baronesa, encapuchada y vestida como para una expedición al polo norte, entraba seguida de Octavio y del Barón, y decía:

—No hay que molestarse. Somos nosotros. ¡Aquí hay fuego! ¡Qué felicidad! Estoy hecha un témpano.

Y arrastrando una butaca, se instaló la jo-

ven frente á la chimenea, levantándose el vestido y acercando á la lumbre sus menudos pies calzados con zapatos de satén negro. Exhaló en seguida un suspiro, dejó caer sobre la cintura su abrigo de pieles, y dijo:

— ¡Ah! Esto ya es otra cosa.

Seguían llegando coches sin interrupción conduciendo á los parientes de la señorita de Beaulieu, á los testigos del Sr. Derblay y á algunos amigos íntimos á quienes había sido indispensable convidar. El Sr. Moulinet, Atanasia y el Duque habían asistido á la ceremonia. La famosa berlina de gala y las libreas de calzón corto, sirvieron en esta ocasión. Desgraciadamente la oscuridad era profunda, y el esplendor de este brillante tren no produjo todo el efecto apetecido. Moulinet hubiese dado cien pesetas porque al menos luciese la luna; pero el astro de la noche era insobornable y no se presentó.

Por lo demás, la desilusión de Moulinet no pudo ser mayor. Llegado de París para asistir á un matrimonio aristocrático, encontróse con la ceremonia más burgués. Cuando esperaba ver representadas en la boda á las familias más nobles, veía en el salón únicamente al notario que le había vendido la posesión de la Barenne, y á los parientes y testigos de los recién casados. Aquello era una irrisión.

Hubo un momento, sin embargo, en que Moulinet, verdaderamente conmovido, com-

prendió que la ceremonia tomaba grandiosas proporciones, y este momento fué cuando al ir desde Beaulieu á la iglesia, tuvieron que atravesar los coches por entre la compacta multitud de los trabajadores del señor Derblay, silenciosamente agrupados en la plaza. Aquellas buenas gentes no habían sido convidadas á la misa, pero quisieron estar en la puerta del templo para cuando pasara su querido amo, á fin de saludar á su joven esposa; y vestidos con los trajes de días de fiesta, estaban allí esperando la comitiva. En la oscuridad de la noche, aquella masa de mil quinientas á dos mil personas hablando en voz baja, parecía enorme, y cuando, al paso de los coches, todas aquellas cabezas se descubrieron, sufrió Moulinet violenta emoción. Quiso sonreír y saludar como había visto hacerlo muchas veces á personajes oficiales en tales casos, pero no se lo permitió su turbación, y sintiendo apretada la garganta, se echó á reír sin saber por qué.

Vuelto en sí por una mirada irridadísima de Atanasia, bajó del carruaje con afectada dignidad, irguiendo la cabeza y estirando los pliegues de su pantalón gris perla, un poco arrugado. La iglesia le pareció estrecha y sucia. Sentóse haciendo un gesto en los bancos de madera que habta en el coro, y dirigió á la concurrencia miradas de dominación. Apenas ardían veinte velas en

el altar mayor, y el buen cura se había puesto los mismos ornamentos sacerdotales que le sirvieron ocho días antes para casar á la hija del ebanista. Tenía Moulinet el viejo lastre volteriano de antiguo suscriptor de *El Siglo*. Sintióse con humor de burlas, é inclinándose hacia el Duque, quiso entablar conversación; pero éste, levantando la vista, le miró de un modo tan raro, que el padre de Atanasia creyó oportuno no insistir, aplicando su atención á la ceremonia, que continuaba tan sencilla como pudiera serlo para un pobre. Únicamente el órgano, tocado por hábiles manos, acompañó con sus cantos las palabras del sacerdote, y bajo aquellas bóvedas frías y desnudas las notas graves del instrumento resonaron con profunda melancolía.

Pálido y con el ceño fruncido, parecía el Duque gravemente absorto. Aquel canto le hacía daño, y de pronto acudió á su memoria la ceremonia del funeral de su padre en la iglesia de San Germán de los Prados, oyendo los lamentos del órgano y viendo la misma oscuridad salpicada de puntos brillantes por las llamas de las velas. Igual era el olor de la cera y del evaporado incienso que asfixia. Tenía entonces á su lado á su tía, que lloraba mirándole, y á Clara y Octavio, vestidos como él de luto, que le estrechaban tiernamente las manos; ahora estaba solo, separado para siempre de las queridas

personas que entonces le rodearon y consolaron y fueron para él tan buenas. Voluntariamente había roto los lazos que á ellas le unían. Clara, á quien adoró, era ya esposa de otro, y él en cambio iba á ser esposo de una persona extraña, y bien reflexionado, instrumento de sus odiosos proyectos. Inmensa tristeza se apoderó de su alma, deplorando amargamente su debilidad. Pagaba con la más negra ingratitud la deuda contraída con los que le recogieron y amaron cuando quedó huérfano. Pero ¿acaso no le alcanzaba el castigo? Al abandonar á Clara, ¿no renunciaba á su felicidad?

Comparó entonces la conducta de Felipe con la suya, y tuvo que reconocer que éste se había mostrado tan adicto y generoso, como él ingrato y egoísta. Felipe podía casarse con la mujer que amaba, aunque ella no tuviese fortuna, porque él trabajaba. Sintió el Duque amargamente su inutilidad, comprendiendo que era en el mundo un valor negativo, un cero que para tener alguna significación necesita un número á la izquierda. Para poder sacar algún partido de sí, era preciso que un rico burgués se diese tono con su aristocrático rango. Pero por sí mismo ¿qué podía hacer? Nada; era un hombre de lujo que se adquiere como se compra un hermoso caballo de paseo.

Estas reflexiones, nuevas para él, le inspiraron profundo horror hacia Moulinet, de

quien se consideró esclavo, y resolvió, furioso, sublevarse contra su poder y dominarle. Al mismo tiempo se le presentó Atanasia tal y como era en realidad: una muchacha de la clase media sin amplitud de ideas, sin grandeza de carácter, envidiosa y malévola, arrodillada en el reclinatorio con un vestido demasiado lujoso para doncella, bostezando distraída con aburrido semblante. Sus ojos se dirigieron después hacia Clara, que, inclinada bajo los blancos velos, parecía preocuparse sólo de su oración. En el movimiento de sus hombros adivinó el Duque que lloraba.

Junto á ella, de pie, inmóvil y con severo semblante, estaba Felipe. ¿Era aquel hombre el que ella amaba, el que había preferido al Duque? En aquel momento adivinó Bligny la verdadera significación de los actos de la señorita de Beaulieu. La situación, oscura para él desde quince días antes, se aclaró de repente, comprendiendo el papel que representaba el amo de la ferrería. Al ver á Clara tan bella en medio de su dolor, acudió á su mente una idea que le produjo furtiva sonrisa. El Bligny sincero y cariñoso durante dos semanas, desapareció para siempre, reemplazándole el escéptico, frío y libertino Bligny producto de la corrupción rusa.

Prometiéndose grata venganza contra aquel señor Derblay, principal instrumento de su

humillación. ¿Era posible sufrir que este ferrón poseyese definitivamente una mujer tan encantadora como lo era Clara? Ya lo haría ver él dentro de poco. «Clara llora, dijo para sí; luego detesta á ese hombre y aún me ama.»

Recobró todo su aplomo. Hasta aquel momento había estado triste y aburrido; pero sintiéndose en buen terreno, tomó la actitud orgullosa y despreocupada de gran señor seguro de su superioridad.

Habiéndose vuelto hacia él la Baronesa al terminar la misa, dirigióla una mirada tan irónica que la joven frunció el ceño con la instintiva hostilidad de perro de guarda que olfatea persona mal intencionada.

Cuando al terminar la misa pasaron todos á la estrecha y pobre sacristía, y la desposada, levantando el velo, presentó su semblante á amigos y parientes, buscó en vano el Duque en el rostro de Clara la huella de las lágrimas que la había visto derramar en silencio. El fuego de su orgullo las había secado, y tranquila y risueña hablaba con una serenidad que desagradó al Duque, deseoso de verla abatida. Pensó que la orgullosa joven se defendería contra él y que habría lucha, pero prometiéndose combatir y no desesperó de triunfar.

Al subir á la lujosa berlina con su futuro suegro y Atanasia, tuvo que soportar la multitud de observaciones que no le pudo

hacer Moulinet durante la ceremonia. El exmiembro del Tribunal de Comercio no comprendía que se celebrasen casamientos de aquel modo, á media noche, en una iglesia sepulcral donde el frío caía sobre las espaldas como manto de plomo. Dentro de tres semanas conduciría á su hija al altar, y veríase entonces lo que, en su concepto, era una boda. La misa se verificaría en la Magdalena, y ya había encargado que la ceremonia se realizase con el lujo más costoso. Todo el coró estaría iluminado, la iglesia llena de flores y arbustos, y en fin, habría música, coros y solos.

—Soli,—interrumpió el Duque en italiano, aburrido ya por aquellos propósitos de esplendor.

—Solos ó soli...—replicó Moulinet sin dar gran importancia á la exactitud de los términos;—cantos ejecutados por artistas de la Opera, el Sr. Faure y los mejores que haya. Costará lo menos quince mil pesetas, pero ¿qué importa? Moulinet no casa todos los días una hija, y conviene que se hable de la fiesta durante largo tiempo.

—Por poco que se hable, señor mío, se hablará demasiado,—interrumpió el Duque en tono tan punzante como la afilada punta de un cuchillo.

—Pero yerno...—empezó á contestar Moulinet ofendido.

—Pero, señor,—interrumpió de nuevo el

Duque,—en primer lugar aun no soy su yerno, y además agradeceré á V. sobremañera que no vuelva á usar en mi presencia ese vulgar y ordinarísimo apelativo. Llegamos ya á casa del Sr. Derblay, y le ruego que, por conveniencia de todos, hable lo menos posible.

Paró el coche; bajó despacio el joven, y ofreció su mano á la señorita Moulinet para ayudarla á poner el pie en tierra, mientras que el exmiembro del Tribunal de Comercio, muy contrariado, preguntábase con inquietud si le tomaba el Duque por algún bestia.

Arrellanada la Marquesa en una ancha butaca en el gran salón de Pont-Avesnes, escuchaba lo que Bachelin le decía en voz baja. Aquella misma mañana había rogado la señora de Beaulieu al notario que pidiese permiso á Felipe para decir á Clara la verdadera situación de su fortuna. Hecho el casamiento, creyó la Marquesa justo que supiese la joven su ruina y el cariñoso desinterés de su marido, quien de esta suerte recibiría la merecida recompensa por su delicadeza.

Deseando Felipe evitar todo motivo de pena á Clara, negó su permiso. No quería que al poner la joven los pies en su casa pudiese creer que entraba en cierto modo humillada. ¿Para qué amargar aquella alma delicada y sensible? ¿Para procurarse una satisfacción de amor propio? ¿Para ponerla

en el caso de demostrar humilde agradecimiento? Juzgó indigno de él apelar á tales medios para conquistar el cariño de la señorita de Beaulieu. Quería algo más que su agradecimiento. Aspiraba á su amor.

—Mi querido Bachelín, haré lo que el señor Derblay desea,—respondió la Marquesa;—pero no sé si en su caso me portaría yo con tan refinada delicadeza. Confieso que en todas las circunstancias me admira ese joven: tiene una nobleza de miras y una elevación de carácter sorprendentes. Es de seguro un hombre extraordinario.

—Ya tuve el honor de decírselo á usted, señora Marquesa, cuando por primera vez le hablé de él, según recordará,—respondió Bachelín.—Es un perfecto caballero.

—Sí, sí, hemos tenido buena elección,—añadió la Marquesa,—y á V. debemos este feliz resultado. Espero que mi hija sabrá, como nosotros, estimar á su marido... ¡Qué pálida está, Bachelín!

Volvió el notario la cabeza, y vió á Clara con el semblante tan blanco como una muerta bajo su corona de azahar, pareciéndole Julieta al levantarse de su lecho de mármol despertada por la voz de su adorado Romeo. Aproximóse á ella el Duque, é inclinándose con melancólica sonrisa, dijo:

—Nos vamos, Clara, y antes deseo hablar contigo. Tengo el alma triste y dolorida, y con una palabra tuya puede recobrar la

tranquilidad. Sé buena y díme que me perdonas.

Clara levantó orgullosa la frente, y dirigiendo al Duque una mirada triunfal, respondió con voz tranquila:

—Todo lo he olvidado. Amo á mi marido. Adiós, Duque.

Bligny se estremeció, y devolviendo bravata por bravata, dijo:

—Me alegraré que lo que dices sea sincero.

Y añadió en tono casi amenazador:

—Hasta la vista, Clara.

E inclinándose de nuevo ante ella, se apartó.

—¡Qué! Duque, ¿se va V. ya?—dijo el Barón, deteniéndole al paso.

—Sí,—respondió el Duque con frialdad;—nada tengo que hacer aquí. Ahora le toca al marido.

—Sí, ¿eh? No veo á V. muy satisfecho. ¡Parece que siente V. ver casada á Clara!

Con irónica mirada indicó el Duque á la señorita de Beaulieu, que apenas podía tenerse en pie.

—¿Sentirlo?—dijo.—¿Soy yo quien lo siente?

—Me parece, querido, la respuesta algo vanidosa y no poco ridícula; pero puesto que se cree V. tan vencedor, hágame el favor de mirar al Sr. Derblay, y dígame si tiene facha de marido á quien se roba la mujer.

Miró el Duque á Felipe, que en un rincón de la sala mostraba su elevada estatura. Su rostro, curtido por la intemperie, respiraba energía, y la cólera de un hombre como aquél debía ser terrible.

—¡Bah! ¡bah!—dijo el Duque con su habitual ligereza.—Desde Vulcano los herreros tienen mala suerte en estos asuntos.

—Pues bien,—respondió el Barón con gravedad,—créame V.; guárdese de un martillazo.

Encogióse de hombros Bligny con menosprecio, y acercándose á Moulinet, le dijo:

—Cuando V. quiera nos iremos.

—No seré yo quien le detenga,—murmuró el padre de Atanasia.—¡Qué recepción, querido Duque! ¡Ni siquiera se nos ha ofrecido un vaso de agua! Entre nosotros los burgueses, se llama esto una boda seca. Ya verá V. cómo yo hago las cosas... He de dar dos comidas y un baile que causen sensación, y cuando los convidados salgan de mi casa no llevarán de seguro el estómago en los talones.

Moulinet podía continuar impunemente enumerando sus proyectados esplendores, porque el Duque no le oía. Miraba á Atanasia, que al despedirse de Clara cogíale las manos y entregábase á ruidosas demostraciones de ternura.

—Este verano seremos vecinas,—de-

cla,—puesto que la Varenne sólo dista una legua; pero ¡qué falta me vas á hacer durante el invierno! ¡Ah, sin tí me parecerá París desierto! ¿Te encerrará sin remisión el Sr. Derblay en Pont-Avesnes? Bien sé que aquí nada puedes desear, porque amas y eres amada... Prométeme que te acordarás de mí en tus alegrías y en tus tristezas, si las tienes. Bien sabes que tomaré parte en unas y otras.

Clara oyó impasible estas pérdidas y crueles palabras.

—Puedes estar segura—respondió—de que aprecio tu amistad en su justo valor; pero ya sabes que la dicha no busca confidentes; seré feliz sin decirlo.

Con la rabia en el corazón, y desesperando de poder domar á su intrépida enemiga, quiso al menos no evitarle ninguna vejación.

—¿Quieres besarme?—dijo.

—Con mucho gusto,—respondió sin titubear Clara.

Y sus labios ardientes y suaves se posaron en la frente de Atanasia.

Pero la joven tenía ya agotadas sus fuerzas, y cogiéndose vivamente al brazo de la Baronesa, que estaba cerca de ella, la llevó fuera del salón, diciéndola:

—Salgamos; me ahogo.

Alarmada la Marquesa, siguió á su hija. Instantáneamente se descompuso el rostro de Clara; hundiéronse sus ojos en las órbi-



tas, se le estiró la boca, y pareció que iba á desfallecer; pero la energía de su alma dominó una vez más su cuerpo, y mirando con ternura á su madre, que se inclinaba ansiosa hacia ella, dijo:

—No es nada; un poco de fatiga y de emoción... pero ya me siento mejor.

Sin embargo, la rubicundez de la fiebre coloreaba sus mejillas, y brillaban sus ojos. La Marquesa, á quien su hija había ocultado cuidadosamente los tormentos que la agitaban, tuvo entonces vaga sospecha de que la engañaba Clara. Aquella unión que tan por completo la satisfacía, ¿proporcionaría á su hija la merecida dicha? ¿Había ésta aceptado el compromiso con ánimo tranquilo y confiado corazón? En un segundo reflexionó la excelente señora más que lo había hecho en quince días, imaginando multitud de preguntas á que no pudo contestar. Acostumbrada á soportar la voluntad de los demás; habiendo tenido que conformarse con las infidelidades de su marido; resignada al cariñoso despotismo de su hija; sufriendo todo, nunca se preocupó de la responsabilidad. Era una de esas personas sin carácter, que se acomodan á todas las situaciones y no comprenden que se trate de modificar su destino. Dejó á Clara hacer lo que quiso; pero en aquella hora solemne preguntóse si al dejarla había obrado con prudencia. Muy turbada buscó en los ojos de su hija una

respuesta afirmativa, y cogiéndola en sus brazos la dijo:

—Eres feliz, hija mía, ¿no es verdad? Ya ves, mi papel de madre ha terminado... vas á ser dueña de tu vida... dime si he hecho cuanto dependía de mí para que seas feliz.

Vió Clara en los ojos de su madre la angustia que sufría, y haciendo un último esfuerzo para engañarla, contestó abrazándola tiernamente:

—Sí, querida mamá, me has hecho feliz. No tengas duda ni preocupación ninguna.

Al oír esta respuesta la Marquesa, prorumpió en llanto, y añadió su hija con voz ahogada:

—No me entristezcas... Podría creerse...

Sin completar la frase, y estrechando nerviosa por última vez á su madre en los brazos:

—Véte,—la dijo,—es preciso separarnos... véte... Hasta mañana.

Tranquilizada la señora de Beaulieu por la aparente calma de su hija, recobró la serenidad y entró en la sala sin preocupación alguna.

En aquel momento volvió Susana con Brígida de la habitación de la señora Derblay. Desconfiando un poco la joven de la destreza de su fiel jurasiana, había querido acompañarla para suplir cualquier olvido en el servicio. La tierna niña, ligera como un pájaro, daba vueltas por la estancia preocu-

pándose de los menores detalles y velando por todo. Clara la había mirado silenciosa y descontenta, sospechando irritada que encontraría en la hermana de su marido una vigilante continua, cuyos ojos, excitados por el cariño fraternal, advertirían todos sus sobresaltos, todos sus desfallecimientos. Miró á Susana como á una espía natural, y arrebatada por la exageración de sus sentimientos, empezó á odiarla. Entre tanto la joven había quitado á Clara el velo y la corona, y con delicadeza los removía entre sus dedos, ahuecando los pliegues del tul, enderezando las flores, visiblemente atormentada por secreto deseo que no se atrevía á dar á conocer.

Por fin se acercó á la señora Derblay, y la dijo ruborizada:

—Hermana mía, creen en esta comarca que la flor cogida de la corona de una recién casada á quien se ama proporciona dicha. Yo amo á V. tiernamente. ¿Me permite usted que tome una de estas flores?

Miró Clara con frialdad á la joven, y haciendo un brusco movimiento arrancó la guirnalda que adornaba su vestido y la arrojó á sus pies, exclamando:

—Si estas flores proporcionan dicha, me son inútiles. ¡Ahí las tiene V.; tómelas todas!

Retrocedió admirada Susana; el ramo que tenía en la mano cayó á sus pies, y mirando

á Clara con ojos llenos de lágrimas, la dijo dulcemente:

—Parece que no le importan á V. esas flores. Y, sin embargo, es mi hermano quien se las ha dado.

La queja de aquella niña perturbó á Clara, que quiso al pronto remediar lo hecho; pero su arrebatado carácter se lo impidió, y la mano que había alargado á Susana la retiró sin estrechar la de la niña.

—Déjela V., hija mía,—dijo al mismo tiempo la Baronesa á la señorita Derblay.— Necesita calma. No se disguste V. y recoja el ramo. Le servirá de modelo para dentro de poco tiempo.

Y con semblante risueño acompañó á Susana tranquila y confiada hasta la puerta del salón. Volviendo después hacia Clara, que había quedado sentada con la mirada fija sin decir palabra y sumida en dolorosas reflexiones, la dijo:

—Pero, querida, ¿en qué estás pensando? ¡Maltratas á esa pobre niña sin motivo alguno! ¿Conseguirás por fin dominar tus nervios? Francamente te digo,—añadió echándolo á broma,—que si te llevaran al suplicio al són de la marcha fúnebre del quinto acto de la *Hebrea*, no tendrías un aspecto más aterrado.

Dirigió Clara á su amiga una mirada tan llena de censuras, que ésta se puso inmediatamente grave.

—Vamos, pues,—añadió,—dime lo que ocurre.

Levantóse Clara, dando algunos pasos sin dirección fija, y acercándose al fin á la Baronesa, la cogió angustiada las manos.

—¿No ves—la dijo—cuánto sufro? ¿No comprendes que me vuelvo loca? Dentro de un instante saldréis de aquí todos los que me amáis, y quedaré sola en este caserón para mí desconocido. ¿A quién acogerme entonces? Cuanto se relaciona con mi pasado se deshace; cuanto formaba mi porvenir ha desaparecido.

—Te afliges como si estuvieras verdaderamente abandonada. ¿Acaso no cuentas con el constante amor de tus parientes? ¿Acaso no adquieres otros nuevos y sinceros afectos? Ahí tienes á tu marido: te adora y debe inspirarte confianza.

Al pronunciar la frase «tu marido,» observó la Baronesa que Clara se estremeció.

—¡Oh! ¡Si supieras lo que me pasa!—murmuró la joven.—Este casamiento, que por un arrebató de mi orgullo he querido hacer á pesar de todo, hecho ya, me horro-riza. Quisiera huir del hombre que es mi marido. No me dejes; quédate aquí; no se atreverá á venir mientras estés conmigo. ¡Oh! Ese hombre... ese hombre que es el primero á quien temo... ¡Cómo le odio!

—Pero ¡Dios mío, me espantas!—exclamó la Baronesa verdaderamente asusta-

da.—Acaso no se haya ido aún tu madre. ¿Quieres que la llame?

—No,—respondió con viveza Clara.—Que nada sepa. Ya has visto cómo me he contenido en su presencia. Preciso es que ignore mis temores y mi desesperación. ¡Madre querida! Por lo mucho que me adora, por debilidad, me ha animado y ayudado á realizar este casamiento... ¡Si supiera!... ¡Oh! ¡No! Basta con que yo sufra. Cuanto se ha hecho lo he hecho yo, y yo sola debo sufrir el castigo. Mis abatimientos no tienen excusa, y son indignos de mí. Tranquilízate, no se renovarán.

Y mostrando á la Baronesa, que la observaba inquieta por la aspereza de su voz y la violencia de sus palabras, un rostro impenetrable:

—Vé á unirte con tu marido,—añadió.—No te alarmes ni preocupes. Abrazame y olvida, al atravesar el umbral de esa puerta, cuanto he dicho. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo,—dijo la Baronesa.—Hasta mañana.

Y ahogando un suspiro, mirando por última vez á su amiga, murmuró al salir la señora de Prefont:

—¡Pobre Clara!